

moneda alguna. Estaba allí el renegado; dímosle á leer el papel dentro de nuestro rancho, el cual dijo que así decia:

«Yo no sé, mi señor, cómo dar orden que nos vamos á España, ni Lela Márien me lo ha dicho, aunque yo se lo he preguntado: lo que se podrá hacer es, que yo os daré por esta ventana muchísimos dineros de oro: rescataos vos con ellos, y vuestros amigos, y vaya uno en tierra de cristianos, y compre allá una barca, y vuelva por los demás, y á mi me hallará en el jardín de mi padre, que está á la puerta de Babazon, junto á la marina, donde tengo de estar todo este verano, con mi padre y con mis criados: de allí, de noche, me podreis sacar sin miedo, y llevarme á la barca. Y mira, que has de ser mi marido; porque, si no, yo pediré á Márien que te castigue. Si no te fias de nadie que vaya por la barca, rescátate tú, y vé, que yo sé que volverás mejor que otro, pues eres caballero y cristiano. Procura saber el jardín; y, cuando te pasees por ahí, sabré que está solo el baño, y te daré mucho dinero. Alá te guarde, señor mío.»

Esto decia y contenia el segundo papel; lo cual, visto por todos, cada uno se ofreció á querer ser el rescatado, y prometió de ir y volver con toda puntualidad, y tambien yo me ofrecí á lo mismo: á todo lo cual se opuso el renegado, diciendo, que en ninguna manera consentiria que ninguno saliese de libertad hasta que fuesen todos juntos, porque la experiencia le habia mostrado cuán mal cumplian los libres las palabras que daban en el cautiverio, porque muchas veces habian usado de aquel remedio algunos principales cautivos, rescatando á uno que fuese á Valencia ó Mallorca con dineros, para poder armar una barca y volver por los que le habian rescatado, y nunca habian vuelto, porque la libertad alcanzada, y el temor de no volver á perderla, les borraba de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y, en confirmacion de la verdad que nos decia, nos contó brevemente un caso, que casi en aquella misma sazón habia acaecido á unos caballeros cristianos, el mas extraño que jamás sucedió en aquellas partes, donde á cada paso suceden cosas de grande espanto y de admiracion. En efecto, él vino á decir, que lo que se podia y debia hacer era, que el dinero que se habia de dar para rescatar al cristiano, que se le diese á él para comprar allí en Argel una barca, con achaque de hacerse mercader y tratante en Tetuan y en aquella costa; y que, siendo él señor de la barca, fácilmente se daria traza para sacarlos del baño, y embarcarlos á todos. Quanto mas, que si la mora, como ella decia, daba dineros para rescatarlos á todos, que, estando libres, era facilísima cosa aun embarcarse en la mitad del día, y que, la dificultad que se ofrecia mayor, era que los moros no consienten que renegado alguno compre ni tenga barca, si no es bajel grande para ir en corso, porque se temen que, el que compra barca, principalmente si es español, no la quiere sino para irse á tierra de cristianos; pero que él facilitaria este inconveniente con hacer que un moro tagarino fuese á la parte con él, en la compañía de la barca y en la ganancia de las mercancías, y, con esta sombra, él vendria á ser señor de

la barca, con que daba por acabado todo lo demás. Y, puesto que á mí y á mis camaradas nos habia parecido mejor lo de enviar por la barca á Mallorca, como la mora decia, no osamos contradecirle, temerosos que, si no hacíamos lo que él decia, nos habia de descubrir y poner á peligro de perder las vidas si descubriese el trato de Zoraida, por cuya vida diéramos todas las nuestras; y así, determinamos de ponernos en las manos de Dios y en las del renegado; y en aquel mismo punto se le respondió á Zoraida, diciéndole que haríamos todo cuanto nos aconsejaba, porque lo habia advertido tan bien como si Lela Márien se lo hubiera dicho, y que en ella sola estaba dilatar aquel negocio, ó ponello luego por obra. Ofrecímele de nuevo de ser su esposo, y con esto, otro día que acaeció á estar solo el baño, en diversas veces con la caña y el paño nos dió dos mil escudos de oro, y un papel donde decia que el primer *juma*, que es el viernes, se iba al jardín de su padre, y que antes que se fuese nos daria mas dinero; y, que si aquello no bastase, que se lo avisásemos, que nos daria cuanto le pidiésemos, que su padre tenia tantos, que no lo echaria menos; quanto mas, que ella tenia las llaves de todo. Dimos luego quinientos escudos al renegado para comprar la barca: con ochocientos me rescaté yo, dando el dinero á un mercader valenciano que á la sazón se hallaba en Argel, el cual me rescató del rey, tomándose sobre su palabra, dándola de que, con el primer bajel que viniese de Valencia, pagaria mi rescate, porque, si luego diera el dinero, fuera dar sospechas al rey que habia muchos días que mi rescate estaba en Argel, y que el mercader, por sus granjerías, lo habia callado. Finalmente, mi amo era tan caviloso, que en ninguna manera me atreví á que luego se desembolsase el dinero. El jueves antes del viernes que la hermosa Zoraida se habia de ir al jardín, nos dió otros mil escudos, y nos avisó de su partida, rogándome que, si me rescatase, supiese luego el jardín de su padre, y que, en todo caso, buscase ocasion de ir allá y verla. Respondíle en breves palabras, que así lo haria, y que tuviese cuidado de encomendarnos á Lela Márien con todas aquellas oraciones que la cautiva le habia enseñado. Hecho esto, dieron orden en que los tres compañeros nuestros se rescatasen, por facilitar la salida del baño, y por que, viéndome á mí rescatado, y á ellos no, pues habia dinero, no se alborotasen, y les persuadiese el diablo que hiciesen alguna cosa en perjuicio de Zoraida; que puesto que el ser ellos quien eran me podia asegurar de este temor, con todo eso, no quise poner el negocio en aventura, y así, los hice rescatar por la misma orden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader, para que con certeza y seguridad pudiese hacer la fianza, al cual nunca descubrimos nuestro trato y secreto, por el peligro que habia.